

TIM WALLACE-MURPHY
MARILYN HOPKINS

TEMPLARIOS EN AMÉRICA

DE LAS CRUZADAS
AL NUEVO MUNDO



EDICIONES OBELISCO

ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO CON TODO RESPETO
A DOS HOMBRES EXCEPCIONALES:

Al fallecido James P. Whittal, Jr.,
de Rowley, Massachusetts,
un arqueólogo brillante
y consagrado a su labor, que fue,
por encima de todo,
un extraordinario amigo.

Y a
Niven Sinclair,
de Londres, Inglaterra,
cuyos incansables esfuerzos por promover
una visión precisa de la historia han sido ejemplares.
Niven es, simplemente, el mejor amigo
que cualquiera podría desear.

Agradecimientos

Esta obra es el fruto de diez años de investigaciones sobre las exploraciones transatlánticas que tuvieron lugar durante mil cuatrocientos años, desde tiempos de los romanos hasta el siglo xv. Como en cualquier empresa de este tipo, ha habido muchas personas que, desde dos continentes, han sido de gran ayuda, tanto por sus inspiraciones como por sus conocimientos. De ahí que agradezcamos encarecidamente la generosidad de espíritu que ha llevado a tantas personas a hacer tan valiosa aportación a nuestro entendimiento sobre este tema.

En Italia: a la Academia Naval Morosini de Venecia, al municipio de Venecia, y a nuestros buenos amigos Nicolo y Eleanor Zeno, de Venecia.

En Francia: a Guy Jourdan de Bargemon, de la Provenza; y al doctor Biorn Ivemark, de Belvezes-du-Razes.

En Inglaterra: al capitán Jack Lammaman; a Vic Rosati, de Totnes; a Lord Malcolm Sinclair, conde de Caithness y jefe hereditario del clan Sinclair; y a Tony y Anna Sinclair, de Londres.

En Escocia: a Stuart Beattie, del Rosslyn Chapel Trust; a James Mackay Munro, de Penicuick; al personal de la Biblioteca Nacional de Escocia, en Edimburgo; a Andrew Pattison, de Edimburgo; a Ian y Joan Sinclair, del Niven Sinclair Study Center, en Wick, Caithness; a Josh y Cath Gourlay, de Orkney; al Consejo de las Islas de Orkney; a los organizadores del Orkney Science Festival, y a los colaboradores del Sinclair Symposium, en Kirkwall.

En Estados Unidos: a D'Elayne y Richard Coleman, de Nueva York, fundadores de la Prince Henry Sinclair Society of America; a la Clan Sinclair Asso-

ciation of America; al personal de la biblioteca J. V. Fletcher Memorial, de Westford, Massachusetts; a Elizabeth Lane, también de Westford, a los miembros de la Westford Historical Society; a Connie Whittal, de Rowley, Massachusetts; a Michael Kerber, Mike Conlon y a toda la gente de Red Wheel/Weiser, de Boston, Massachusetts.

En Canadá: a la Clan Sinclair Association of Nova Scotia; a la Clan Sinclair Association of Canada; a Rob Cohn, de Halifax, Nueva Escocia; a Warden Hines y a sus colegas del municipio de Guysborough, Nueva Escocia; al consul italiano en Nueva Escocia; a Leo F. McKay, de Stellarton, Nueva Escocia; al concejal Miles McPherson, de Guysborough; a Bill Sinclair, de Halifax; a Jack Sinclair; y a Rory Sinclair, el gaitero del clan.

De la Nación Mi'qmaq; al gran jefe Benjamin Sylliboy y esposa; a Donald Julian, director ejecutivo de la Confederación de los Mi'qmaqs Continentales; al doctor Peter Christmas; al señor Daniel N. Paul y esposa, de Halifax; que tan generosamente nos ofrecieron su tiempo, sus conocimientos y su hospitalidad; y al señor Kerry Prosper y esposa.

Por último, y no por ello menos importantes, quiero dar las gracias a tres excepcionales personas cuyas vidas han supuesto una inspiración constante: la señora Rita Joe, poetisa laureada del pueblo mi'qmaq; Laura Zolo, la valerosa y hermosa balandrista de Elba, que recreó el viaje de Zeno/St. Clair desde Venecia hasta Nueva Escocia; y Niven Sinclair, de Londres, sin cuya pródiga ayuda, inspiración y aliento no se habría podido escribir este libro.

Introducción

Oscar Wilde dijo en cierta ocasión: «Muchas personas descubrieron América antes que Colón, mi querido muchacho, pero la mayoría de ellas tuvieron la sensatez de guardar silencio acerca de ello». Al hacer este comentario, Oscar Wilde era consciente de la enorme controversia que existe en lo relativo a los viajes transatlánticos precolombinos. Por una parte, hay quien se suscribe a la teoría que dice que «no hubo contacto europeo con las Américas antes de Colón», idea que dio lugar al imperfecto axioma arqueológico de: «Las normas básicas de la arqueología afirman específicamente (aunque no estén escritas) que cualquier emplazamiento arqueológico que se descubra en Estados Unidos tiene que ser indio o colonial, y no puede haber sido ocupado por seres humanos, salvo que sean indios, antes de 1492».¹ En el otro extremo están aquellos otros que creen que personas de muchos y diferentes países visitaron una y otra vez las Américas a lo largo de toda la historia. Las opiniones no se dividen exclusivamente en terrenos razonables dentro de esta manzana de la discordia, puesto que a veces traspasan el reino de la fantasía. El autor Eric von Danniken llegó a afirmar incluso que seres venidos del espacio exterior utilizaron las líneas de Nazca, en América del Sur, como pistas de aterrizaje. Pero en algún lugar entre estos extremos se encuentra la verdad demostrable que respaldaba Oscar Wilde. Muchas personas cruzaron el Atlántico y llegaron a América, y la mayoría de ellas guardó silencio acerca de ello, normalmente, para proteger sus intereses comerciales.

En este libro vamos a explorar varios de estos viajes. La compleja y fascinante historia de la exploración de las Américas por parte de los europeos

en la época del antiguo Egipto y de la Roma clásica se basa en sólidas evidencias arqueológicas, en archivos históricos y, sorprendentemente, en evidencias científicas y forenses modernas. Las habilidades que en el campo de la navegación y de la construcción de barcos permitieron a los vikingos cruzar el Atlántico con tanta frecuencia están bien documentadas, así como muchos de sus viajes. Las seculares tradiciones que vinculan tanto a irlandeses como a galeses con la exploración medieval del Nuevo Mundo, aunque aún clasificadas como mitos y leyendas, por cuanto no se han encontrado evidencias verificables que las sustenten, son no obstante fascinantes.

Igualmente legendaria es la tradición que dice que los monjes guerreros medievales de la Orden del Temple tuvieron vínculos comerciales con las Américas. Pero, a diferencia de otras leyendas, ésta tiene una sólida base en los hechos. Cien años después de la supresión de la herética Orden de los Caballeros Templarios, y casi un siglo antes que Colón, dos importantes familias templarias europeas unieron sus fuerzas con la pretensión de crear una nueva *commonwealth* en América, lejos de las garras represoras de la Santa Madre Iglesia y del largo brazo de la Inquisición. Y en este libro se cuenta su historia.

En 1396, Henry St. Clair, conde de Orkney y señor de Roslin, puso su flota bajo el mando de dos de los hijos de la famosa familia Zeno de Venecia, zarpando con ellos para explorar el Atlántico Norte y América, no una vez, sino, al menos, en dos ocasiones. Impregnados en la tradición y la espiritualidad templaria, atravesaron el Atlántico Norte a la manera de los antepasados vikingos del conde Henry. Dejaron pruebas, talladas en la piedra, a ambos lados del Atlántico, así como evidencias documentales aceptadas por la mayoría de los estudiosos y surgidas de una potente tradición oral que ha resistido la prueba del tiempo. Quizás el legado más perdurable no sea la iglesia redonda templaria que construyeron en el continente norteamericano, sino la perdurable amistad y fidelidad que, durante más de seiscientos años, ha existido entre el clan Sinclair, difundido ya por todo el mundo, y el pueblo mi'qmaq del nordeste de Canadá. Esta amistad se basó desde un principio en unos valores espirituales compartidos, así como en los principios de la verdad y la justicia, valores que permitieron que estos viajes se caracterizaran por la paz, el respeto y la tolerancia, lejos del legado de desconfianza, odio y genocidio que mancillaron la casi totalidad de los contactos establecidos entre los invasores blancos y los pueblos nativos americanos.

Si bien estos viajes tuvieron un escaso impacto inmediato, tanto en lo político como en lo comercial, no dejaron de ser luces en el camino dentro de un proceso de acciones espiritualmente inspiradas que, con el transcurso de los

siglos, han terminado por afectarnos a todos hoy en día. El nieto del conde Henry, el conde William St. Clair, jugó un papel fundamental en la transformación de los gremios medievales de Escocia (de los cuales él era el Gran Maestro hereditario) en la fraternidad de la francmasonería, cuyas creencias y tradiciones moldearon el pensamiento de los padres fundadores de Estados Unidos de América. Así, esta hermandad de inspiración espiritual dio al mundo un legado político perdurable e importantísimo: la Constitución de Estados Unidos.

Los viajes a América del conde Henry St. Clair y de Antonio Zeno, casi cien años antes que Colón, han engendrado una enorme controversia, así como multitud de informes, durante los últimos cincuenta años.² En varios libros se han llegado a dar unas fechas, un itinerario y una duración de los viajes para los cuales no encontramos justificación de ningún tipo. Hemos sido muy cuidadosos a la hora de utilizar los pasajes relevantes de la *Narración de Zeno*, allí donde se muestran de acuerdo con la geografía, en conjunción con los innegables conocimientos de Henry de los viajes previos de los vikingos a Vinlandia. Podemos seguir también el rastro de esta importante exploración a través de objetos arqueológicos, objetos que todo aquel que esté interesado puede ver aún y valorar por sí mismo. Aunque hemos hecho todos los esfuerzos posibles por mantener las especulaciones bajo mínimos, consideramos que la hipótesis que planteamos es razonable, a la luz de las evidencias y de una lógica desapasionada. Aceptamos *a priori* que no hay ningún modo, ni siquiera basado en una metodología racional, que pueda convencer a aquellos que se atrincheran en la posición de que no pudo haber contactos europeos con América con anterioridad a 1492. También aceptamos que los relatos previos que sugieren que el conde Henry y sus hombres tuvieron un período de actividades más amplio en las costas orientales de América seguirán teniendo sus defensores. Nuestro relato, que se basa en las evidencias, y que introduce sólo una especulación justificable, puede parecerle sobrio y cauto a algunos lectores que están familiarizados con el tema. Sin embargo, insistimos en que éste es el relato fundamental y definitivo de los viajes, basado firmemente en las evidencias conocidas, y que es, por tanto, el único que puede defenderse con seguridad. Creemos que puede ofrecer una base capaz de posteriores desarrollos y ampliaciones, siempre y cuando salgan a la luz con el tiempo evidencias válidas y relevantes.

NOTAS

1. De la introducción del libro de Charles Michael Boland, *They All Discovered America* (Nueva York: Doubleday and Co., 1961).

2. Frederick Pohl, *The Lost Discovery* (Nueva York: WW Norton and Co., 1952); *The Sinclair Expedition to Nova Scotia in 1398* (Pictou, NS: Pictou Advocate Press, 1950); *Atlantic Crossings before Columbus* (Nueva York: WW Norton and Co., 1961); y *Prince Henry Sinclair* (Halifax, NS: Nimbus Publishing, 1967); Michael Bradley, *Holy Grail Across the Atlantic* (Ontario: Hounslow Press, 1988) y *Grail Knights of North America* (Toronto: Hounslow Press, 1998); Andrew Sinclair, *La espada y el Grial* (Madrid: Edaf, 1994); Niven Sinclair, *Beyond Any Shadow of Doubt* (Londres: publicación privada, 1998); Mark Finnan, *The Sinclair Saga* (Halifax, NS: Formac Publishing Co. Ltd., 1999); Stephen Sora, *The Lost Treasure of the Knights Templar* (Rochester, VT: Destiny Books, 1999); W. H. Hobbs, «The Fourteenth Century Discovery of America by Antonio Zeno», *Scientific Monthly*, N.º. 72, 1951, 24-31.

PRIMERA PARTE

PREPARANDO EL TERRENO
PARA LA EXPLORACIÓN

El linaje de los ilustres St. Clair y los Caballeros Templarios

En la historia de Europa, es un hecho constatado que las dinastías reales vienen y van; surgen, gobiernan durante diferentes periodos de tiempo y son reemplazadas después por otras a raíz de *coups d'état*, guerras o como consecuencia de simple esterilidad biológica. El destino de ciertos aristócratas que alcanzaron el «favor real» es aún más pasajero y efímero pues, cuanto más rápido ascienden estos individuos, más rápida y más dura es su caída, terminando frecuentemente sus breves carreras de un modo espectacular, en el cadalso o en el extremo de una soga. Sin embargo, existe una familia aristocrática que demuestra ser la excepción a la regla, una dinastía que nunca pretendió trono alguno y que, sin embargo, siempre estuvo cerca de los puestos de poder, en el papel de consejeros de reyes, y que ejerció un poder virtualmente inquebrantable, así como una influencia sumamente sutil y penetrante, desde los últimos años del siglo IX hasta la última década del segundo milenio. Su historia es de gran interés para los estudiosos de la historia británica o escocesa, al igual que para los que siguen fascinados con los Caballeros Templarios o para los historiadores de las exploraciones precolombinas de América. Esta distinguida familia se conoce como «el Linaje Señorial de los Ilustres Sinclair», cuyo actual jefe hereditario del clan, el conde de Caithness, fue ministro del gabinete de gobierno del Reino Unido bajo la presidencia de la primera ministra Margaret Thatcher, a principios de la década de 1990.

Los St. Clair de Roslin son de verdadera estirpe vikinga, descendientes de Rognvald, conde de Möre, en Noruega.¹ A finales del siglo IX, el conde Rognvald luchó junto con el rey de Noruega, Harald el de la Cabellera Hermosa,

que le convirtió en *jarl*, o «conde», de North Möre, South Möre y Romsdale, regiones que se encuentran en las inmediaciones de la moderna ciudad de Trondheim, en Noruega.² Rognvald tenía tres hijos legítimos: Ivar, Thorir el Silencioso y Hrolf. También tenía tres hijos ilegítimos: Hallad, Hrollaug y Einar, que era el más joven de todos ellos.³ Ivar acompañó a Harald el de la Cabellera Hermosa en su campaña para someter a las islas Shetland, las Orkney* y las Hébridas, así como en la aplastante incursión que realizara en la isla de Man, que la dejó en ruinas. Pero Ivar murió durante esta campaña y, como compensación, el rey le dio a Rognvald el condado de Shetland y Orkney.⁴ Rognvald le cedió el gobierno de las islas a su hermano, Sigurd, quien, con Thorstein el Rojo y Aud la Meditabunda, conquistaron íntegramente Caithness, Moray y Ross, así como gran parte de Argyll, en Escocia.⁵ Tras la muerte de Sigurd, su hijo gobernó durante un año, muriendo al cabo de este tiempo sin haber tenido descendientes. El hijo de Rognvald, Hallad, se convirtió en el nuevo conde, pero resultó ser un pésimo gobernante, por lo que Rognvald tuvo que replantearse el asunto.⁶

Turf Einar, conde de Orkney

El problema de Rognvald consistía en que tenía que decidir cuál de los hijos que aún le quedaban sería el nuevo conde de Orkney y Shetland. Hrollaug le facilitó las cosas al anunciar que había decidido emigrar a Islandia, posiblemente para escapar del opresivo gobierno de Harald el de la Cabellera Hermosa, que era más autocrático de lo que era habitual en los reyes noruegos.⁷ Hrolf, posiblemente por motivos similares, manifestó su deseo de proseguir con la tradición familiar de las incursiones y el pillaje, y anunció que iba a hacer una incursión por la costa occidental de Europa.⁸ Con esto, Einar quedó como único candidato para heredar el condado de Orkney. En la *Saga Orkneyinga*, se ofrece una visión bastante más diplomática de todo este episodio, que se describe en los siguientes términos:

* Las islas Orkney se conocen en castellano como las Orcadas, pero hemos preferido mantener su denominación original por cuanto el título nobiliario que lleva su nombre se mantiene habitualmente en esta forma. (*N. del T.*)

—Entonces, ¿quieres que vaya allí? —preguntó Hrollaug.

—No estás destinado para ser conde —respondió Rognvald—. Tu destino te llevará a Islandia. Tendrás allí muchos descendientes, que se convertirán en los más nobles de los hombres.

Y, tras presentarse el hijo pequeño del conde,

—¿Quieres que vaya a las islas? —preguntó—. Puedo prometerte el favor más grande que puedas desear, el de que nunca más me vuelvas a ver. Hay muy poco aquí que me retenga, y ya no me veo a mí mismo siendo un fracasado en cualquier otro lugar.

—Considerando la clase de madre que tienes —dijo el conde—, nacida esclava por ambas partes de su familia, no es muy probable que hagas de ti un buen gobernante. Pero accedo; cuanto antes te vayas y más tarde regreses, más feliz seré.⁹

Einar gobernó en Orkney durante muchos años, y sería él el responsable de que se introdujera en las islas la costumbre de extraer turba como combustible para Tarbat Ness, en Escocia, dado que la leña para encender fuego era escasa en las islas. Como consecuencia de ello, a Einar se le conocería a partir de entonces como Turf Einar, Einar Turba.¹⁰ Por extraño que parezca en un vikingo, murió en su lecho, y dejó tres hijos: Arnkel, Erlend y Thorfinn Aplastacráneos.¹¹

El ducado de Normandía

Hrolf, conocido como el Capataz,¹² debido a su gran tamaño, navegó hacia el sur, tal como había anunciado, hasta llegar a las costas del norte de Francia, entrando de este modo en la historia. Subió con su partida de guerreros por el río Sena, y decidió asentarse en aquellas exuberantes y fértiles tierras. Tras el infructuoso asedio de Hrolf a la ciudad de Chartres, el rey Carlos el Simple optó por utilizarlo como barrera defensiva frente a posteriores incursiones vikingas, y firmó la paz con él en el año 912. El tratado por el cual se le concedía a Hrolf el ducado de los territorios que llegarían a conocerse como Normandía («la Tierra de los Hombres del Norte») se firmó en el castillo de St. Clair-sur-Epte.¹³ En este tratado se hace referencia a Hrolf con la versión latina de

su nombre, Rollo,* que sería el nombre que se le daría a partir de entonces. A Rollo se le dio la provincia de Normandía como vasallo del rey de Francia, con la condición de que se casara con la hija del rey, Gisele, y de que él y toda su partida se convirtieran al cristianismo.¹⁴ Parte del ritual de la firma de este solemne y vinculante tratado consistía en un acto de homenaje al rey, en el que se suponía que Rollo tenía que besarle los pies al monarca francés como muestra de fidelidad. Pero Rollo, sintiendo que aquel acto le rebajaba, delegó en uno de sus tenientes de rango superior, un hombre alto y robusto, de más de un metro y ochenta centímetros de altura, para que ocupara su lugar. El vikingo se agachó gravemente y tomó el pie del rey entre sus manos; y, luego, se acercó el pie del monarca hasta los labios todo lo alto que era, haciendo que el rey cayera de espaldas desde su taburete y se quedara en el suelo haciendo aspavientos como un cangrejo boca arriba.¹⁵

Según una tradición, Rollo y sus oficiales de mayor graduación se bautizaron solemnemente en las aguas milagrosas de una fuente, que estaba alimentada por un manantial cuyo nombre honraba a San Clair, que había sido martirizado allí en el año 884.¹⁶ Muchos pueblos de Normandía llevaban el nombre del santo, cuyo culto perduró durante más de mil años. El día del santo se celebraba particularmente en las zonas que guardaban relación con él: en las actuales ciudades de Gourney, Carentan, Saint-Roche, Saint Sylvain y Saint-Lo.¹⁷ A pesar de la creencia largamente sustentada en la familia St. Clair, la población de St. Clair-sur-Epte, por importante que fuera en la historia de Normandía, nunca perteneció en realidad a Rollo ni a ninguno de sus sucesores. La familia Chaumont fue la propietaria del castillo y de las tierras durante varios siglos, y las tierras en sí formaban parte de la Ile de France, bajo la égida del rey, y no formaban parte de Normandía.¹⁸ Según L. A. de St. Clair, en un escrito de 1905:

Por tanto, es muy poco probable que ninguna familia utilizara el nombre de St. Clair-sur-Epte como nombre familiar. Es la ciudad de St. Clair, cerca de Saint-Lo, en las proximidades del límite occidental del Bessin, en la que se encuentra el verdadero origen del nombre de la noble casa de St. Clair.¹⁹

El uso del nombre de St. Clair como nombre de esta familia se remonta al reinado del cuarto duque de Normandía, Ricardo II, cuando los nombres de los territorios que ocupaban comenzaron a aplicarse a las personas que los go-

* A Hrolf (Rollo), se le conoce en castellano como Rollón, pero mantendremos la versión latina por ceñirnos al original inglés. (*N. del T.*)

bernaban. Dado que Rollo y Gisela no tuvieron hijos, Rollo se volvió a casar, esta vez con una tal Popa, hija del Conde de Bayeux, que le dio un hijo al que se conocería como Guillermo Larga Espada. Éste, a su vez, sería sucedido por Ricardo I, cuya hija, Emma, se casaría con el rey Etelredo el Indeciso de Inglaterra. Otra de sus hijas se casaría con Geoffrey, conde de la Bretaña, mientras que una tercera, Matilda, se convertiría en la esposa de Eudes, conde de Chartres.²¹ Pero, no contentos con unirse con la casa real de la Inglaterra sajona y con la familia del conde de la Bretaña, la familia de Rollo se unió también con las familias aristocráticas de Chaumont, Gisors, d'Evereux y Blois, la familia de los condes de Champaña. También se vincularon con la ducal Casa de Borgoña, la Casa Real de Francia (los Capetos) y, más tarde, a través de la Casa de Flandes, con Godofredo de Bouillon, el primer soberano cristiano del Reino de Jerusalén, antecesor de los Habsburgo.²²

Los aliados aristocráticos de los vikingos

Si se tiene en cuenta la reputación que tenían los vikingos de invasores terribles y bárbaros salvajes, resulta un tanto difícil de comprender la disposición que mostraron las más destacadas familias aristocráticas francesas y de otros lugares a establecer vínculos matrimoniales con aquella pandilla de piratas guerreros. Las tierras de Normandía, por importantes que pudieran haber sido, no explican por qué algunas de las familias más antiguas de Europa se precipitaron para establecer alianzas matrimoniales con los vikingos. Cuando se estudia la genealogía de estas familias, uno se encuentra con que hicieron repetidas alianzas dinásticas entre sí; pero, además, se descubre el mismo patrón recurrente a lo largo del tiempo. ¿Existe alguna explicación para esto, o es que andaban escasos de ideas? Si se estudia la historia de las casas nobles de la naciente Europa junto con un mapa de los territorios que ocupaban, uno se da cuenta de que las consideraciones estratégicas constituían sólo un factor menor. Había algo más detrás, algo que es difícil, si no imposible, de explicar mediante los estándares aceptados de la historia.

La crianza, o quizás habría que decir intercrianza, de estas familias se parece más a la cría de un pura sangre en una caballeriza que a un comportamiento humano normal. Incluso dentro de las filas exclusivas de la nobleza, sobresale un grupo particular de familias. Todos sus matrimonios están dirigidos desde el interior de un grupo selecto, y los mismos nombres familiares

aparecen una y otra vez en las genealogías de todas ellas cada tres o cuatro generaciones. Hay una leyenda esotérica que ha perdurado a lo largo de los siglos que, por extravagante que pueda parecer, puede darnos un atisbo sobre la estructura de las creencias que engendraban unos comportamientos tan extraños: la tradición del Rex Deus.²³

La tradición del Rex Deus

Existe un grupo de familias en Europa, conocidas entre ellas como el Rex Deus, que tienen una tradición oral muy antigua, según la cual todas descienden de los veinticuatro sumos sacerdotes del Templo de Jerusalén de la época de Jesús.²⁴ Con el fin de mantener puros sus linajes, restringieron sus alianzas matrimoniales, siempre que les fue posible, a otras familias que afirmaban tener la misma ascendencia. En esto, replicaban la costumbre tradicional de las familias sumo sacerdotales del Israel bíblico. La mayoría de las personas sabe que la clase sacerdotal de aquella época era hereditaria, y que todos sus miembros pertenecían a la tribu de Leví. Pero lo que no es tan conocido es que, entre los levitas, los Cohen ocupaban un lugar especial. Los Cohen constituían un grupo aún más exclusivo, de entre cuyos miembros se elegía a los sumos sacerdotes. Al sacerdocio levítico general, la ley judía y la tradición le permitía el matrimonio fuera de la tribu. Pero a un Cohen no sólo le estaba prohibido hacer esto, sino que tenía la obligación estricta de casarse únicamente dentro de la familia Cohen, en su sentido amplio, preservando así, o al menos eso creían, un vínculo inquebrantable y directo con el sacerdocio instituido por Moisés.²⁵

Las familias del Rex Deus afirmaban preservar las verdaderas enseñanzas de Jesús para las generaciones futuras, y estaban consagradas a la tarea de traer «el Reino de los Cielos a la Tierra». Ellos sabían que Jesús vino a revelar y no a redimir, y dado que su versión de «las verdaderas enseñanzas de Jesús» era considerablemente diferente del dogma de la Santa Madre Iglesia, tenían que mantener en secreto sus tradiciones con el fin de evitar las persecuciones.²⁶ La Iglesia, como guardiana autodesignada de la verdad divinamente revelada, había instituido un régimen de intolerancia y represión contra todo aquel que tuviera la temeridad de mostrarse en desacuerdo con sus enseñanzas; es decir, que a aquellos que no comulgaban con el anzuelo, el sedal y el plomo del dogma de la Iglesia se les consideraba herejes.²⁷

En el Concilio de Nicea, en el año 325, se promulgó la doctrina de la Santísima Trinidad, que declaraba que Jesús era divino y equivalente a Dios Padre y al Espíritu Santo. Inmediatamente después de aquello, comenzarían a quemarse los libros escritos por los herejes,²⁸ y no pasaría mucho tiempo antes de que a los libros heréticos les siguieran en la hoguera sus autores. Por tanto, con el fin de sobrevivir, las familias del Rex Deus seguían aparentemente las observancias religiosas de la zona de Europa en la cual habitaban, pero mantenían vivas sus enseñanzas ocultas mediante una transmisión oral que pasaba, de generación en generación, a través de los vástagos elegidos, cuando eran lo suficientemente maduros como para ser iniciados.

Ricardo II, el cuarto duque de Normandía, tenía tres hijos: Ricardo III, que se convertiría en el quinto duque, Roberto el Diablo y Mauger el Joven. Pero tenía también dos hijas que llevaron a cabo importantes matrimonios dinásticos: Alix se convertiría en la esposa del conde de Borgoña, y Leonor se convertiría en la esposa de Balduino, el conde de Flandes. Dado que ni Ricardo III ni Roberto el Diablo dejaron hijos legítimos, la mayoría de los barones normandos habría preferido que la sucesión pasara al hijo del hijo pequeño del duque, Mauger.²⁹ Pero se creó un partido, dirigido por Raúl, condestable de Normandía, para apoyar las reivindicaciones de Guillermo, el hijo bastardo de Roberto el Diablo, que terminaría siendo conocido en la historia como Guillermo el Conquistador.

Mauger tenía tres hijos: Hamon, Walderne y Hubert. Hamon y Walderne murieron en la batalla de Val-des-Dunes, donde la sucesión de Guillermo el Bastardo quedó asegurada. Dos de los hijos de Walderne, Ricardo y Britel, se reconciliarían con Guillermo el Conquistador, y jugarían un importante papel en la conquista de Inglaterra, donde posteriormente recibirían tierras como recompensa. Pero quedaban otros dos hijos: Guillermo e Inés, que eran demasiado pequeños cuando su padre murió en la batalla de Val-des-Dunes, muerte que Guillermo nunca perdonaría a Guillermo el Conquistador.³⁰ Su hermana, Inés, se casó con Felipe Bruce, que era también de origen normando, y que sería antepasado de Roberto I Bruce, rey de Escocia tras la batalla de Bannockburn, a principios del siglo XIV.³¹

El primer St. Clair señor de Roslin

Guillermo se uniría a una rama de la familia real de los sajones, y acompañaría al Atheling y a su hija, Margarita, a Hungría. Conocido como Guillermo el De-

coroso por su pundonor y su cortesía, sería elegido, junto con Bartholomew Ladislaus Leslyn, para escoltar a la princesa Margarita a Escocia, donde tenía que contraer matrimonio con Malcolm Canmore, rey de los escoceses.³² Como recompensa por sus servicios, se le concedió la baronía de Roslin «en arriendo de por vida». Más tarde, encabezaría el ejército escocés en los combates contra Guillermo el Conquistador, que para entonces ya era el rey de Inglaterra. Guillermo el Decoroso terminaría muriendo en una escaramuza con los ingleses en Northumberland.³³

El primer St. Clair nacido en Escocia, Henri de St. Clair, fue confirmado como barón de Roslin, y también como barón de Pentland, por el rey Malcolm. Asumió también sobre sí la enemistad de su familia con la Casa Real de Inglaterra, tomando partido por el hermano depuesto del rey Enrique I de Inglaterra, Robert Courte-Heuze, al cual acompañó en la primera cruzada a Tierra Santa, en 1095.³⁴ Cruzaron Europa con el ejército cruzado, liderado por uno de los familiares de Guillermo, Godofredo de Bouillon, jefe de la Casa Real de Flandes. Tras la conquista de Jerusalén en el año 1099, se le ofreció la corona de Tierra Santa a Godofredo de Bouillon, cuya familia era Rex Deus, pero él renunció a tal honor y prefirió gobernar bajo el título de Protector del Santo Sepulcro.³⁵ Godofredo murió sin descendientes, siendo su sucesor su hermano, Baudouin (Balduino), que no mostró reluctancia alguna a la hora de aceptar la corona y de reinar como Balduino I de Jerusalén.³⁶ Le sucedería Balduino II, bajo cuyo reinado se fundaría una de las más controvertidas y calumniadas órdenes de la historia de la cristiandad: la Orden de los Caballeros Templarios.

Los Caballeros Templarios

Uno de los fundadores de los templarios, que sería también su primer gran maestre, Hughes de Payen, se dice que fue a Tierra Santa desde Normandía acompañado de otro Henri de St. Clair.³⁷ Otro de los fundadores de la orden, André de Montbard, era familia del duque de Borgoña, y tío de una de las figuras más influyentes de la historia medieval, Bernardo de Claraval. Ambos eran vasallos a su vez del conde de Champaña, que jugaría un extraño y misterioso papel tanto en la tradición templaria como en la aparición de las historias del Santo Grial.³⁸

Los condes de Champaña prestaban fidelidad al rey de Francia, al emperador del Sacro Imperio Romano y al duque de Borgoña. Pero, aún con todo,

eran virtualmente príncipes independientes, que ocupaban un territorio algo más grande que el País de Gales, un territorio que se extendía al este y suroeste de París.³⁹ Los condes de Champaña tenían vínculos de sangre y de matrimonio con los St. Clair, con los reyes capetos de Francia, con el duque de Borgoña y con los reyes normandos y Plantagenet de Inglaterra.⁴⁰ En 1104, el conde de Champaña, Hughes I, se reunió en un cónclave secreto con los miembros de las familias nobles de Brienne, de Joinville, Chaumont y Anjou, todas las cuales eran Rex Deus.⁴¹ Y casi inmediatamente después, partió hacia Tierra Santa y no volvió a las propiedades familiares hasta 1108, y regresó a Jerusalén en 1114. A su regreso a Europa un año después, hizo una importante donación de tierras a la Orden Cisterciense, en las cuales se construyó la Abadía de Clairvaux (Claraval).⁴² Bernardo de Claraval sería su primer abad, y jugaría un papel crucial, si bien un tanto en la sombra, en la fundación de los Caballeros Templarios.

La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón, habitualmente conocidos como Caballeros Templarios, la fundaron en Jerusalén Hughes de Payen, André de Montbard y otros siete caballeros en el año 1118.⁴³ Esta nueva orden de nueve caballeros, conocida también como «la Milice du Christ» (la Milicia de Cristo), declaraba que su vocación era la de proteger las rutas de peregrinación en Tierra Santa. Basándose en las informaciones que les proporcionaban las tradiciones secretas del Rex Deus, los nueve caballeros iniciaron una descomunal excavación en los mismos cuarteles que se les había concedido, en lo que se conocía como los Establos de Salomón.⁴⁴ Las opiniones varían en lo relativo a lo que pudieran encontrar, pero existe cierto consenso en la idea de que debieron encontrar documentos y objetos que contenían los frutos de miles de años de conocimiento sagrado,⁴⁵ así como un tesoro desmedido. Las excavaciones les llevaron nueve años y, cuando las terminaron, los caballeros volvieron a Europa con sus descubrimientos, yendo en primer lugar a la Provenza, y luego a Normandía, Inglaterra y Escocia.⁴⁶ En Escocia, se fueron directamente a las posesiones de los St. Clair en Roslin. De hecho, diversos autores sostienen que Hughes de Payen estaba casado con una mujer de la familia St. Clair.⁴⁷

La nueva orden recibió su regla en el Concilio de Troyes,⁴⁸ que estuvo dominado por el pensamiento de Bernardo de Claraval, quien escribiría lo que ahora podríamos calificar como de texto publicitario para la orden, titulado *Elogio de la nueva caballería*.⁴⁹ Tras el regreso de los nueve caballeros a Europa, la orden recibió numerosas donaciones de propiedades en la Provenza, el Languedoc, la Ile de France, Normandía, la España cristiana, Portugal, Inglate-

rra y Escocia, donde el rey David I les dio una extensión de tierra en Ballantradoch, junto a las propiedades de Roslin.⁵⁰ Su carrera hacia las riquezas, el poder y la influencia fue rápida y sostenida. En los cincuenta años que siguieron, adquirieron más tierras en los Países Bajos, Dinamarca, Noruega, Polonia, Alemania, Italia y Hungría.⁵¹

Siendo propietarios de tierras en todas las zonas climáticas de Europa, los templarios desarrollaron una gran destreza en todo tipo de cultivos. La protección de las rutas de peregrinación y el transporte de sus propias tropas y materiales a Tierra Santa, así como el transporte de peregrinos, les llevó a crear una flota grande y bien disciplinada,⁵² gran parte de la cual se construyó en las atarazanas de Venecia. La orden se convertiría en aliada permanente de la Serenísima República de Venecia, y su poderío naval combinado permitiría mantener en pie el reino cristiano de Jerusalén frente al creciente poder de sus enemigos musulmanes.⁵³ Los beneficios comerciales de sus actividades en Europa se utilizaban principalmente para mantener los numerosos castillos y encomiendas que tenían en Tierra Santa, donde eran, ciertamente, el primer ejército profesional de Europa, desde la caída del Imperio Romano.⁵⁴

Los intereses comerciales de los templarios fueron muchos y variados, y entre ellos se incluían la vinicultura, la agricultura, la cría de ganado, la construcción de barcos, la cantería, la minería y la construcción.⁵⁵ Aprendiendo de sus adversarios musulmanes, los templarios adoptaron la «nota de mano» sufi, y la utilizaron en sus transacciones económicas, que discurrían a todo lo largo y ancho de Europa, convirtiéndose en banqueros de reyes, papas, barones y obispos.⁵⁶ La protección de las rutas comerciales hizo factible y seguro el comercio entre lugares distantes y, como consecuencia de ello, el equilibrio del poder político comenzó a pasar poco a poco de los pendencieros barones a una nueva y emergente clase mercantil. El efecto transformador de las actividades de la orden en la cultura europea fue casi total. La paz, la seguridad en el transporte y el establecimiento de un eficiente sistema bancario fueron factores que, combinados todos ellos, crearon las condiciones ideales para la acumulación de capital a largo plazo y el posterior auge del capitalismo.

Pero el recordatorio más visible de las actividades de los Caballeros Templarios lo constituyen sus huellas arquitectónicas. La totalidad del desarrollo del estilo gótico, que, según los historiadores de la arquitectura, no evolucionó a partir de su predecesor, el románico, se suele atribuir a los descubrimientos que hicieron los templarios en sus excavaciones en Jerusalén.⁵⁷ Estuvieron implicados sin duda alguna en la financiación para la construcción de muchas de las grandes catedrales europeas, como la de

Chartres y la de Amiens, cuyas altas agujas constituyen un recuerdo permanente de la orden.⁵⁸ Los templarios estuvieron tan estrechamente ligados a los canteros que construyeron físicamente las catedrales (a los que se les conocía como los Hijos de Salomón), que su relación precisa sigue siendo materia de debate.⁵⁹ ¿Acaso eran dos ramas de una misma Orden, o simplemente los templarios eran los patronos y maestros de los canteros masones?

Sin embargo, una cosa es segura, y es que los fundadores de los Caballeros Templarios se aseguraron de que la orden estuviera siempre gobernada por un gran maestro perteneciente a las filas de las familias Rex Deus. Aunque cualquier caballero cualificado de noble nacimiento podía unirse a la orden, la lista de aquellos que servían en sus consejos internos refleja siempre los nombres de las familias que afirmaban descender de los sumos sacerdotes del Templo de Jerusalén.⁶⁰ Y el nombre de una de esas familias aparece siempre íntimamente enlazado con la orden, desde el tiempo de la cruzada que llevó a su creación hasta los tiempos de su larga batalla final por preservar sus tradiciones, después de su disolución: la familia de los St. Clair de Roslin.

La caída de los templarios

La persecución de los Caballeros Templarios comenzó el viernes, 13 de octubre de 1307, con el arresto de la mayor parte de los templarios asentados en Francia. Después de muchos años de torturas, y acusados de herejía, el gran maestro de entonces, Jacques de Molay, y su compañero, Geoffroi de Charny, fueron asados vivos, a fuego lento, en una isla del Sena, en el centro de París.⁶¹ El motivo del súbito arresto y la tortura de los templarios se hallaba en la codicia y la envidia del rey Felipe el Hermoso de Francia. Pero, a pesar de las precauciones tomadas al hacer sus planes y de la rapidez con la que se realizaron los arrestos, la noticia debió de filtrarse; pues, cuando los hombres del rey llegaron al Temple en París para apoderarse del convoy de lingotes de oro que el mismo rey había visto descargar pocos días antes, el tesoro se había desvanecido.⁶² La flota de dieciocho barcos que había traído a De Molay y a su séquito desde Chipre a La Rochela también había desaparecido. Los minuciosos trabajos detectivescos de autores modernos como John Robinson, Michael Baigent y Richard Leigh tienden a confirmar con contundentes hechos históricos las tradiciones transmitidas de generación en generación dentro de

la francmasonería francesa de que el tesoro de los templarios se puso a buen resguardo en Escocia.⁶³ Y sabemos que los St. Clair de Roslin eran miembros del grupo secreto que había fundado y dirigido la orden a lo largo de toda su historia, de donde podríamos concluir, sin sorprendernos demasiado, que su riqueza, que ya era considerable, se hizo aún más grande tras la supresión de la Orden Templaria. Uno de los más destacados genealogistas de los St. Clair dejó constancia de que, a partir de entonces, cada vez que los Señores de Roslin viajaban, iban acompañados por cien caballeros montados, mientras que las damas de Roslin eran atendidas por ochenta damas de honor, y la familia cenaba en bandejas de oro.⁶⁴

El santuario de Escocia

Tras la supresión de los templarios, un buen número de caballeros buscó refugio en Escocia. El motivo de ello era simple: durante el transcurso de la guerra civil por la corona escocesa, el principal pretendiente, Roberto Bruce, fue excomulgado por el asesinato ritual de su rival, John Comyn, en las dependencias de una iglesia. Y dado que la acción papal no produjo el resultado deseado de la deposición de Bruce, sus nobles también fueron excomulgados, poniéndose a todo el país bajo interdicto papal. Esto suponía que los mandatos judiciales del papa no tenían efecto en el reino de los escoceses,* convirtiéndolo en un refugio seguro para los Caballeros Templarios que huían de las garras de la Inquisición.⁶⁵ Sus habilidades militares y el armamento que traían consigo fueron muy bien recibidos por Roberto Bruce, que por entonces ya se había asegurado la sucesión y estaba luchando una guerra de supervivencia contra el rey de Inglaterra. Los acontecimientos desembocaron en la batalla de Bannockburn, en 1314. Según la mayoría de los relatos, los escoceses, que eran muy inferiores en número, crearon una potente posición defensiva y se las ingeniarón para repeler los repetidos ataques del ejército invasor. Cuando el día tocaba a su fin, los ingleses montaron un abrumador

* En tanto que en el resto de países europeos los reyes ostentaban el título de rey de Francia, rey de España o rey de Inglaterra, por ejemplo, en Escocia, se mantuvo una posición diferente al respecto, dándole más importancia al pueblo que al territorio. De ahí que, en Escocia, al rey no se le diera el título de rey de Escocia, sino de rey de los Escoceses. (*N. del T.*)

asalto. Pero, de pronto, un grupo de reservistas escoceses apareció en lo alto de una colina, y ante la mera visión de los recién llegados, el ejército inglés emprendió la huida sin siquiera pensárselo dos veces. La historia oficial es, francamente, increíble. Se dice que los reservistas que supuestamente pusieron en fuga al curtido ejército inglés con su mera presencia era «el pueblo llano», una colección de mozos de cuadras, caballerizos y campesinos de la zona. Pero, para cualquier historiador un poco racional, esta hipótesis es de lo más improbable, mientras que la verdad resulta bastante más creíble. Los reservistas escoceses estaban constituidos por una división de disciplinada caballería, con armadura completa, que luchaba bajo el fácilmente reconocible estandarte del Beauseant, la característica bandera de combate blanca y negra de la más aguerrida fuerza de combate de Europa: los Caballeros Templarios.⁶⁶

Roberto Bruce, en 1320, sentó los cimientos de las futuras relaciones entre el rey de los Escoceses y su pueblo mediante la Declaración de Arbroath, en la que se declaraba la independencia de Escocia bajo cualquier circunstancia. Uno de los muchos firmantes fue Sir Henry St. Clair de Roslin. El nuevo rey era, por encima de todo, un hombre realista, y aunque las tradiciones escocesas nos dicen que terminó convirtiéndose en el gran maestre soberano de la Orden Templaria, también se dice que aconsejó a los templarios que pasaran a la clandestinidad y que operaran en secreto. El motivo de por qué les sugirió esto no es difícil de sospechar, pues Bruce sabía que, más pronto o más tarde, tendría que restablecer las relaciones con el papa y con los países que reconocían el poder papal, y no quería recompensar a aquellos aliados que le habían salvado el trono permitiéndoles convertirse en dianas visibles de la Inquisición. El destino de las propiedades templarias en Escocia fue también diferente al del patrón establecido en el resto de Europa. Algunas revirtieron a las familias que originalmente las habían donado, y que habían mantenido lazos estrechos con la orden a lo largo de toda su existencia. El resto pasó a manos de los Caballeros Hospitalarios. Pero en Escocia se mantuvo una distinción, como si los propietarios originales se las hubieran dejado en fideicomiso.⁶⁷

Bruce comenzó a establecer alianzas internacionales como parte de su estrategia para restringir las incursiones inglesas en su reino. Pero una de esas alianzas destaca por encima de todas las demás, una alianza que data de este período y que se prolongó durante tantos siglos que se la ha llegado a conocer como «la *auld* alianza».* Con ella, la relación entre los escoceses y las ra-

* *The auld alliance*, en el original inglés. En escocés, *auld* significa «antiguo». Podría traducirse, por tanto, como «la antigua alianza». (*N. del T.*)

mas francesas de Rex Deus se formalizó de un modo tal que tendría una poderosa influencia en el desarrollo político y económico de Europa hasta bien entrado el siglo XVIII, y aún más allá.

NOTAS

1. Tim Wallace-Murphy y Marilyn Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail* (Shaftsbury, UK: Element Books, 1999), p. 198.
2. Hermann Pálsson y Paul Edwards, trad. *Orkneyinga Saga*, (Londres: Penguin Books, 1981), 4, p. 26.
3. *Orkneyinga Saga*, 4, p. 26.
4. *Ibid.*, 4, p. 27.
5. *Ibid.*, 5, p. 27.
6. *Ibid.*, 5, p. 28.
7. *Ibid.*, 6, p. 28.
8. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, p. 199.
9. *Orkneyinga Saga*, 6, pp. 28-29.
10. *Ibid.*, 7, p. 29.
11. *Ibid.*, 8, p. 32.
12. *Ibid.*, 4, p. 26.
13. Véase Robert Wace, *The History of the Norman People: Wace's Roman de Rou*, trad., Elizabeth Van Houts (Sin lugar de publicación: The Boydell Press, 2004); Marilyn Hopkins, Graham Simmans y Tim Wallace-Murphy, *Rex Deus* (Shaftsbury, UK: Element Books, 2000), p. 107. (Hay versión castellana: *Los hijos secretos del Grial*, Barcelona: Planeta-De Agostini, 2006.)
14. Louis Anatole de St. Clair, *Historie Genealogique de la Famille de Saint Clair det ses alliances* (Paris: Hardy & Bernard, 1905), p. 7.
15. Wace, *History of the Norman People*.
16. St. Clair, *Histoire Genealogique de la Famille de Saint Clair*, p. 7.
17. *Ibid.*, p. 8.
18. *Ibid.*, p. 8.
19. *Ibid.*, p. 8.
20. *Ibid.*, p. 9.
21. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 105.
22. Wallace-Murphy *et al.* *Rex Deus*, pp. 107-108
23. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, pp. 97-98.
24. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 38.
25. *Ibid.*, p. 41.

26. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 210.
27. Tim Wallace-Murphy, *The Templar Legacy and the Masonic Inheritance within Rosslyn Chapel* (Roslin, UK: The Friends of Rosslyn, 1994), p. 12.
28. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 95.
29. St. Clair, *Histoire Genealogique de la Famille de Saint Clair*, p. 10.
30. *Ibid.*, pp. 11-12.
31. *Ibid.*, pp. 15-16.
32. Wallace-Murphy, *The Templar Legacy and the Masonic Inheritance within Rosslyn Chapel*, p. 25.
33. Andrew Sinclair, *The Sword and the Grail* (Londres: Century, 1993), pp. 30-37.
34. St. Clair, *Histoire Genealogique de la Famille de Saint Clair*, p. 16.
35. John Robinson, *Dungeon, Fire and Sword* (Londres: Brockhampton Press, 1999), p. 20.
36. Robinson, *Dungeon, Fire and Sword*, p. 28.
37. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, p. 94.
38. *Ibid.*, p. 94.
39. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 109.
40. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, p. 97.
41. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, pp. 113-114.
42. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, p. 97.
43. Wallace-Murphy, *The Templar Legacy and the Masonic Inheritance within Rosslyn Chapel*, p. 17.
44. Trevor Ravenscroft y Tim Wallace-Murphy, *The Mark of the Beast* (Londres: Sphere Books, 1990), p. 52.
45. HRH, Prince Michael of Albany, *The Forgotten Monarchy of Scotland* (Shaftsbury, UK: Element Books, 1998), p. 61.
46. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 168.
47. Alegado por Baigent, Leigh y Lincoln en *El enigma sagrado* (Madrid: Martinez Roca, 1987); también por Andrew Sinclair en *La espada y el Grial*; sin embargo, no hemos podido encontrar ninguna evidencia creible que apoye esta alegación.
48. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, p. 97; también, Robinson, *Dungeon, Fire and Sword*, p. 37.
49. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, pp. 95-96.
50. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 118.
51. *Ibid.*, p. 120.
52. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, p. 99.
53. Robinson, *Dungeon, Fire and Sword*, pp. 320-323.
54. Wallace-Murphy *et al.* *Rex Deus*, pp. 119-20.

55. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, pp. 99-100.
56. Sinclair, *The Sword and the Grail*, p. 36.
57. Wallace-Murphy *et al.* *Rex Deus*, p. 128.
58. *Ibid.*, pp. 121-122.
59. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, p. 112.
60. Wallace-Murphy *et al.* *Rex Deus*, p. 135.
61. Robinson, *Dungeon, Fire and Sword*, pp. 432-34.
62. Wallace-Murphy, *The Templar Legacy and the Masonic Inheritance within Rosslyn Chapel*, p. 21.
63. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 177.
- 64.. Rev. Fr. Hay, *The Genealogie of the St. Clairs of Roslin* (Escocia: Maidement, 1835).
65. Wallace-Murphy y Hopkins, *Rosslyn: Guardian of the Secrets of the Holy Grail*, p. 121.
66. HRH, Prince Michael of Albany, *The Forgotten Monarchy*, p. 150.
67. Wallace-Murphy *et al.*, *Rex Deus*, p. 177.